

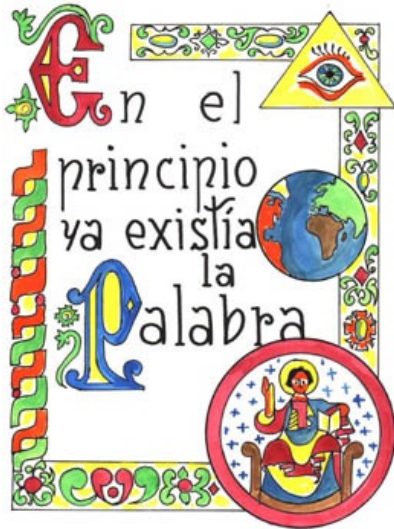
Homilias

Ciclo
C

II Domingo de Navidad
03/01/2010

Introducción

“Nos ha regalado el ser hijos en el Hijo”



Por el himno de acción de gracias y de alabanza que es el prólogo del evangelio de Juan, sabemos que Jesús de Nazaret fue anunciado en la Iglesia primitiva desde un primer momento como la Palabra de Dios encarnada para la salvación de los hombres. ¿Cómo llegaron a esta conclusión aquellos cristianos? Las palabras y la actuación de Jesús mostraban una singular unidad con el Padre en su amor por los seres humanos. Esto impactó a los cristianos. Y «nosotros» –dice taxativamente la comunidad de Juan– lo hemos «visto», a pesar de que no fueron directamente testigos presenciales de la vida de Jesús. Así pues, experimentaron que la encarnación de la Palabra en un hombre es redentora y salvadora, que la humanidad misma de Jesús es ya ahora gracia abundante de Dios entre nosotros. Ése es obviamente el entusiasmo fundamental que movía a la comunidad joánica a hacer su confesión de fe en el himno del Prólogo.

La historia de Dios comunicando su vida salvadora a los seres humanos no ha terminado. Empezó con la creación del mundo. Llegó a su plenitud con Jesús de Nazaret; y, una vez muerto y glorificado éste, es el Espíritu santo el encargado de transmitir a los creyentes esa Palabra. Pero la encarnación en un hombre concreto, Jesús de Nazaret, nos ha enseñado el estilo de ser y de hablar de Dios: la Palabra habla a los hombres a través de los hombres y al modo de los hombres. Desde que apareció Jesús, «lo humano» es el medio de la revelación y de la actuación salvadora de Dios, el lugar donde se encarna la Palabra de Dios. Por eso, hoy somos los «humanos» creyentes los llamados a transmitir la Palabra de Dios. Y lo mismo que esa Palabra es vida y salvación, nosotros tenemos la misión de salvar a los humanos y dar vida allí donde hay sufrimiento

y carencias humanas.



Baldomero López Carrera
Laico Dominicano